

REFLEXIONES EN TORNO A LA HISTORIOGRAFÍA Y LA ARQUEOLOGÍA EN COSTA RICA DURANTE EL SIGLO XIX

Juan Carlos Solórzano Fonseca

Abstract

This paper analyses and compares the emergence of historiography and archeology in 19th century Costa Rica. The origin of historiography is associated with the need to compile documents related to the jurisdictional borders established by the Spanish Crown, in order to sustain the necessary arguments for the establishment of territorial boundaries of the Costa Rican State. In the case of archeology, its development also stemmed from the need to strengthen a national identity for the new state, which in turn was the main reason for the foundation of the National Museum, where many objects from the indigenous cultures would be exhibited. As a consequence of this process, historiographic knowledge was augmented in relation to the previous colonial period and the first serious scientific research was initiated in the archeological field.

Resumen

En el presente artículo se analiza y compara el surgimiento de la historiografía y la arqueología en Costa Rica durante el siglo XIX. En el primer caso, su origen está asociado a la necesidad de recopilar documentación relativa a los límites jurisdiccionales establecidos por la Corona española, base argumentativa necesaria para la fijación de los límites territoriales del Estado de Costa Rica. En el segundo caso, fue también la necesidad de fortalecer la idea de nación para el Estado de Costa Rica, la creación del Museo Nacional, donde se exhibirían los objetos procedentes de las culturas indígenas prehistóricas del país. Paralelamente, tales esfuerzos tuvieron dos consecuencias: En la historiografía se incrementó grandemente la erudición correspondiente al período colonial, gracias al gran acervo documental recopilado por los primeros historiadores nacionales, León Fernández, Ricardo Fernández y Manuel María de Peralta. En la arqueología, con las excavaciones del investigador sueco Carl V. Hartman y las del nacional Anastasio Alfaro, se inician las primeras investigaciones arqueológicas realizadas con criterios científicos en Costa Rica.

Introducción

Durante la primera mitad del siglo diecinueve no se sabía prácticamente nada del pasado colonial ni prehispánico de Costa Rica. Podríamos explicar esta situación como consecuencia de dos cosas diferentes. Por un lado, durante el período colonial, la ausencia de centros de enseñanza en la provincia de Costa Rica tuvo como consecuencia el

que hubiese muy poca gente instruida razón por la cual no hubo autores que se interesasen por escribir sobre la historia del país. Esta situación, a su vez, sería consecuencia de un relativo contexto general de pobreza. Es decir, existió una correspondencia directa entre el bajo nivel material y la miseria cultural del país.¹ En ese sentido, la situación fue distinta a la de Guatemala, donde desde el siglo diecisiete hubo escritores que narraron tanto la historia de la conquista como la historia reciente de los pueblos indígenas de Guatemala al momento de la conquista. Por otro lado, en los años posteriores a la Independencia con el rompimiento de los lazos con la metrópoli española, se consideró como innecesario conocer el pasado colonial, ya que se le pensó como una época en la que predominaron “leyes despóticas, fanatismo y superstición”. La ideología liberal que se impuso en esos años veía el presente y el futuro como el del triunfo de las ideas que habían logrado romper con dicho lastre. Ahora interesaba preocuparse por construir una nueva sociedad libre de las supuestas ataduras que habían impedido el desarrollo durante los tres siglos de dominación española.²

Los inicios de la Historiografía en Costa Rica

En la mayor parte de los países hispanoamericanos fue con la generación que participó en las guerras de independencia y como consecuencia de la necesidad de reforzar el sentimiento nacionalista que se estimuló el desarrollo de la historia y se incorporó su estudio en los programas de enseñanza.³ En el caso de Centroamérica tal preocupación surgió primeramente en Guatemala, dado que allí se ubicaba la capital de la recién fundada República de las Provincias Unidas del Centro de América. Mientras los estados centroamericanos pertenecieron a dicha República Federal no se planteó la necesidad de elaborar “historias nacionales” para cada uno de dichos estados. Solo a partir de su separación de la Federación Centroamericana, y de su proclamación en repúblicas soberanas e independientes, se hizo necesario para cada uno de los nuevos países centroamericanos el elaborar una nueva “historia nacional”. Pero no todos los estados se plantearon de inmediato la necesidad de contar con dicha “historia nacional”. Quizás para aquellos que seguían pensando en la “patria centroamericana” no era tan urgente el disponer de dicha “historia nacional”. Sin entrar a fondo en este asunto, señalemos que en el caso de Honduras sí se planteó como una directriz gubernamental la elaboración de una historia social y política de Honduras.⁴ Al mismo tiempo se trató de rescatar la gloria prehispánica de la civilización maya como patrimonio hondureño, llegándose inclusive a tratar de “mayanizar” aún a aquellas poblaciones indígenas que no habían pertenecido a dicha cultura en el período prehispánico.⁵

En el caso de Costa Rica los primeros libros de historia propiamente dichos no aparecieron sino hasta finales de la década de 1880, con la labor que realizaron el abogado e historiador León Fernández Bonilla y su hijo el historiador Ricardo Fernández Guardia. Con anterioridad a dichos años solo una obra se había referido a la historia de Costa Rica. Esta fue el *Bosquejo de la República de Costa Rica seguido de apuntamientos para su historia*, escrita por un abogado de origen guatemalteco, Felipe Molina, quien se convirtió en representante diplomático de Costa Rica. Luego de representar al país en Nicaragua, Francia e Inglaterra, fue enviado por el gobierno como ministro plenipotenciario a los Estados Unidos a principios de la década de 1850. Fue allí precisamente donde decidió escribir su *Bosquejo*, dado el total desconocimiento que se tenía en el extranjero de la República de Costa Rica. Este libro fue publicado primeramente en inglés en 1850 y un

año después en español. Dicho trabajo se encontraba dividido en dos partes, como el mismo autor lo explicitó, siendo la primera un bosquejo o descripción de la geografía, la política y de datos estadísticos del país en esos años. La segunda parte incluía anotaciones más detalladas de la historia antigua y moderna, precedidos de una biografía de cuatro personajes. En cuanto a la historia, dedicaba en realidad pocas páginas al tema y señalaba que para su narración se ceñía al “método de simple narración por orden cronológico, que si bien presenta el riesgo de cansar, es el menos sujeto a errores y cuyo tratamiento exige menos habilidad de parte del escritor”. Señalaba que si recurría a dicho método lo hacía porque el exponer de manera razonada los acontecimientos con un “análisis de sus causas y efectos, una descripción de las costumbres de cada época y una pintura del carácter de los personajes que han ocupado la escena, además de las dificultades de ejecución que ellas presentan, necesitaría de conocimientos más exhaustivos y más detallados que los que yo poseo”.⁶ Por lo que el propio autor afirmaba se trataba entonces de una cronología de datos históricos que él consideraba importantes y que eran los más conocidos, sin que se sepa cómo se procuró la información allí mencionada.

Según el historiador costarricense Juan Rafael Quesada, este trabajo no es un libro de historia y “las pocas páginas que consagra propiamente a la historia cubren el período que va de 1502 a 1824 y luego de 1821 a 1851.”⁷ Sin embargo, como plantea este autor, fue a falta de cualquier otra cosa, el primer texto oficial de historia de Costa Rica, hasta 1862.⁸ Este libro fue con el que se introdujo, si bien de manera irregular, la enseñanza de esta disciplina en las escuelas de la época. Por otro lado se observa que la intencionalidad de Felipe Molina era precisamente de informar de la historia pasada de Costa Rica en el extranjero, como una necesidad más de los datos que debía proveer acerca del territorio de Costa Rica, pero lo más que puede informar es, en síntesis, una cronología y datos biográficos de algunos personajes.

Quizás el verdadero “padre de la historia nacional” fue León Fernández Bonilla. Su trabajo se inició en la década de 1880, lo que llevó a Juan Rafael Quesada a plantearse las razones por las cuales la historiografía costarricense surgió tan tardíamente. Plantea que “partiendo del principio de que la historia puede explicarse históricamente” habría que situar las causas de este retardo en el atraso económico y cultural en el cual se encontraba inmersa la sociedad colonial de la provincia de Costa Rica en el momento de la independencia. Quesada hace incapié en señalar que el surgimiento relativamente tardío de la historiografía costarricense se debió a que la sociedad en el período colonial estuvo condicionada por su marginalidad y el aislamiento. En el siglo dieciocho, ello fue resultado del predominio de una economía de autosubsistencia sin que lograrse desarrollarse con éxito la producción de cacao en el Valle de Matina. A fines de dicha centuria la producción de tabaco en San José y Heredia, incentivada por el establecimiento del Real Estanco del Tabaco en la década de 1760, favoreció la monetarización de la economía en el Valle Central. De allí que el aislamiento y marginalidad de la provincia de Costa Rica se redujo en las últimas décadas de la época colonial y permitió el desarrollo de una élite política que ejercía una fuerte preponderancia económica.⁹ Ahora bien, con el desarrollo de dicha élite económica, ¿cuáles fueron los planteamientos ideológicos que predominaron entre dicha elite? y, ¿por qué la elite no se planteó al principio la necesidad de tener “una historia nacional”?

La población principalmente campesina del Valle Central tenía, por lo general, un nivel cultural muy bajo. En la enseñanza predominaba el dogmatismo religioso, y aún así la instrucción alcanzaba a pocos. En 1803, el gobernador Tomás de Acosta decía que del total de habitantes de la villa de Heredia, solo había seis que

tenían las cualidades requeridas para ser alcaldes y que estos en su mayoría apenas si sabían leer.¹⁰

Al comenzar el siglo diecinueve, el sacerdocio era la única actividad intelectual posible y quienes deseaban realizar tales estudios debían trasladarse al Colegio de San Ramón en León de Nicaragua, o bien a la Universidad de San Carlos de Guatemala. En realidad solo los hijos de familias poderosas podían aspirar a una carrera eclesiástica. Tal situación solo se modificó con la fundación de la Casa de Enseñanza de Santo Tomás en la ciudad de San José, en 1814. Pero, cuando en 1821, se declara la Independencia de España, el nuevo estado de Costa Rica se vio enfrentado a una carencia de individuos aptos para ocupar diversos puestos claves en la administración estatal. La Casa de Enseñanza de Santo Tomás, si bien no funcionaba de manera excelente, era el punto de difusión de las ideas republicanas y liberales, expuestas por su fundador, el bachiller de origen nicaragüense, Rafael Francisco Osejo. A partir de 1825, con la introducción de los estudios de Derecho y del otorgamiento del grado de bachiller, la Casa de Enseñanza adquirió carácter preuniversitario y se encargó de preparar a los individuos que asumirían cargos públicos.¹¹

En opinión de Juan Rafael Quesada no fueron suficientes los bisoños bachilleres de la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, por lo que en la tarea de establecer las instituciones del estado de Costa Rica se trajeron extranjeros competentes para que colaboraran en la organización de las instituciones públicas. El primer apoyo vino de un cierto número de personajes calificados quienes participaron en la organización política del estado costarricense. Al principio eran los nicaragüenses graduados de la Universidad de León, los que realizaron esta tarea. Pero desde los años de 1840 la influencia cultural nicaragüense fue reemplazada por la de Guatemala debido al gran número de liberales que abandonaron Guatemala a raíz del triunfo de la “revolución conservadora” liderada por Rafael Carrera. Es en este contexto que se insertó Felipe Molina, uno de los tantos que huyó del régimen de Carrera. Lorenzo Montúfar fue otro personaje importante, conocido por su labor al servicio del gobierno de Costa Rica y por sus trabajos sobre la historia de Guatemala. Llegó al país en la década de 1840 y más tarde ocupó diversos puestos públicos. Su liberalismo anticlerical influyó en el pensamiento de Tomás Guardia y se hizo sentir en la “aparición de un liberalismo más doctrinario en los años de 1870”.¹² Lorenzo Montúfar se desempeñó también como profesor en el centro de enseñanza de Santo Tomás, que pasó a ser universidad en 1848. Pero Montúfar estudiaba la historia de su propio país. Entre 1878 y 1888 publica la *Reseña Histórica de Centro América*, en la que expone su punto de vista claramente liberal, así como alaba la victoria de la restauración del liberalismo en Guatemala con el triunfo de Barrios en 1871.¹³

En la primera mitad del siglo diecinueve, una de las metas para la élite que asumió el poder del estado de Costa Rica fue el de conocer el país heredado de los españoles y tratar de poblarlo a partir de la escasa población que vivía en el Valle Central. Sin embargo, esta escasa poca población apenas si fue suficiente para colonizar y explotar económicamente los territorios ubicados en la región del Valle Central. No fue sino hasta avanzada la segunda mitad de dicho siglo cuando los habitantes del Valle Central comenzaron a colonizar los territorios situados en otras regiones del país. Por otro lado, también fue solo hasta bien avanzada la centuria cuando las autoridades nacionales comenzaron a concebir al estado de Costa Rica como un ente político totalmente soberano, ya sin ningún tipo de atadura a un estado federal centroamericano.

Es en el contexto anterior que debemos situar la obra del historiador León Fernández, quien junto con otros historiadores como Pedro Pérez Zeledón, es representante de la historiografía naciente de Costa Rica, que tiene como uno de sus fines, en opinión de Juan Rafael Quesada, colaborar en la consolidación territorial del estado de Costa Rica, por medio de la búsqueda y transcripción de documentos, relativos a los límites jurisdicciones establecidos por la Corona española durante la colonia para la provincia de Costa Rica.

La historiografía inicial, aunque tuvo esta intencionalidad en la búsqueda de información histórica, también se planteó la tarea de crear un acervo documental que permitiera elaborar una “historia nacional”. En este sentido, los historiadores de fines del siglo diecinueve eran intelectuales ligados a las necesidades políticas del estado-nación que se pretendía construir en esos años, precisamente cuando ya las elites locales consideraron como definitiva la separación de Costa Rica de la Federación Centroamericana. Así podemos considerarlos como “intelectuales orgánicos”, para emplear la expresión de Gramsci, y que define a aquellos intelectuales que elaboran su trabajo con el fin claro de que sirvan de apoyo al proyecto de un determinado grupo político. En el caso de Costa Rica, se trataba para los pensadores liberales predominantes, de la consolidación territorial del estado costarricense.

A pesar de que los historiadores tenían como objetivo principal el ayudar a la consolidación del estado-nación no puede olvidarse otro aspecto esencial de la naciente historiografía de Costa Rica, tal como lo ha subrayado Juan Rafael Quesada, “la simple erudición”. Es decir, tanto los Fernández como Manuel María de Peralta compartían la idea propia de la historia positivista predominante en el siglo diecinueve, cual era la de que “la historia se hace con documentos.” Gran parte del trabajo de los historiadores Pedro Pérez Zeledón, León Fernández y Manuel María de Peralta son esencialmente compilaciones de documentos. Por ello, mientras que la historia servía como mejor argumento para la validación de los límites territoriales de Costa Rica, por otro lado la gran cantidad de información documental que recopilaron estos historiadores conformó un “*corpus*” de documentos de gran valor para la disciplina de la historia. El tema de la importancia de los documentos, estuvo siempre presente en la historiografía, en especial desde el desarrollo de las llamadas disciplinas de erudición a partir del Renacimiento en Europa. Así, la idea de la necesidad de contar con un conjunto de documentos relativos al pasado como base de partida para elaborar el discurso histórico, se convirtió en un objetivo central para los historiadores positivistas y liberales del siglo diecinueve.

En la segunda mitad del siglo diecinueve uno de los más connotados historiadores de Inglaterra decía, “nuestro esquema requiere que nada revele el país, la religión o el partido a que pertenecen los escritores. Ello es esencial, no solo sobre la base de que la imparcialidad es la característica de la historia legítima, sino porque el trabajo es realizado por hombres que se han reunido con el solo objeto de aumentar el conocimiento exacto”.¹⁴ La labor del historiador consistiría en establecer los llamados “hechos históricos”, a partir del empleo de la documentación escrita y la aplicación del llamado “método crítico”. Este último fue perfeccionado en el transcurso del siglo diecinueve, junto al desarrollo de las llamadas “ciencias auxiliares” de la Historia, la paleografía, la diplomática, la cronología, la heráldica, la sigilografía, la numismática, todas las cuales se habían desarrollado gracias al esfuerzo de diversos eruditos a partir del Renacimiento. Los historiadores sometían la documentación disponible a la crítica del “método histórico”. Luego de someter los documentos al tamiz de la crítica de “veracidad”, se procedía a enlazar los denominados “hechos históricos”, seleccionados, ordenados y expuestos en

forma narrativa por el historiador. En cierto sentido, la historiografía dominante en el siglo diecinueve descansaba sobre los principios establecidos por los historiadores griegos de la Antigüedad Clásica. Tucídides había ya planteado la necesidad para el historiador de contar con fuentes fidedignas de información y procurarse de distintos puntos de vista sobre los hechos que se narraban históricamente, idea que adquiere nuevo desarrollo a partir del Renacimiento, como dijimos. Los historiadores del siglo diecinueve se dedicaron por ello a recopilar documentos.

Las voluminosas colecciones de documentos compilados especialmente por León Fernández Bonilla y Manuel María de Peralta atestiguan la extraordinaria labor de estos historiadores. En el caso de Fernández, éste también desempeñó una labor fundamental en la creación del Archivo Nacional, pues tan pronto ocupó la cartera de Hacienda, se dio a la tarea de crear un archivo nacional donde recoger y custodiar toda clase de documentos oficiales anteriores al año de 1850. Su opinión era que esta labor sentaría “las bases en que ha de descansar la historia patria”.¹⁵

La tarea fue lenta, penosa y significó la inversión de largas horas de trabajo de investigación y copiado de documentos. León Fernández logró también que el gobierno de Guatemala cediera al de Costa Rica una importante cantidad de documentos relativos a nuestro país. En España, León Fernández copió también documentos e inició la edición de documentos copiados, tarea que concluye su hijo Ricardo Fernández Guardia después de la trágica y temprana muerte de León Fernández Bonilla. *El corpus* documental suma diez volúmenes que fueron publicados con el título de *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica*.

Si la publicación de la mencionada colección de documentos fue, como lo afirma Fernández Guardia, “de gran utilidad para la defensa de nuestros derechos territoriales”, también es cierto que tenían para Fernández Bonilla una finalidad patriótica: “inspirar amor al estudio de la historia de nuestra patria” y abrir un “nuevo cauce a la corriente de ideas de tantas y jóvenes y vigorosas inteligencias...”. En esta perspectiva, Fernández Bonilla esperaba que la publicación de los documentos despertase el interés por la historia de nuestro país a semejanza de como ya se había desarrollado un interés por la fauna, la flora y geología de Costa Rica.¹⁶

Uno de los principales intereses de León Fernández fue el de motivar a los jóvenes a que se interesaran por el estudio de la historia.¹⁷ Desde esta perspectiva, es posible observar como este historiador se sumó al discurso nacionalista y optimista del positivismo. Estudiar la historia patria con amor, quería decir: amemos el territorio de Costa Rica como patria y por ello hurguemos en su pasado. En realidad los “hechos históricos” fueron enlazados unos con otros en orden cronológico y bajo períodos correspondientes a los años en que los gobernadores españoles tuvieron a su cargo la administración de la Gobernación de Costa Rica.

En cuanto a Manuel María de Peralta, éste publicó tres volúmenes de documentos relativos a las fronteras de Costa Rica con Nicaragua y Panamá. Después de la muerte de Fernández Bonilla, Peralta fue encargado de misión en Europa como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del gobierno de Costa Rica en Bélgica, España y Francia. En opinión de Juan Rafael Quesada, las acciones de Fernández y Peralta, en su doble función de abogados e historiadores, contribuyeron a la afirmación territorial del país y en consecuencia a la consolidación del estado.¹⁸ En ese sentido ambos historiadores fueron algo más que “intelectuales orgánicos” al servicio de la creación del estado-nación de Costa Rica, pues actuaron también como funcionarios de dicho estado, en la medida que ocupaban cargos diplomáticos y presentaban sus argumentos elaborados a

partir del estudio de la documentación, en los alegatos para defender los límites territoriales heredados del período colonial, sometidos a arbitraje internacional.

Cuando aparecieron las primeras publicaciones de documentos históricos de Fernández Bonilla, algunas personas que ocupaban posiciones preponderantes se burlaron tratándolo de loco. Esta situación se habría mantenido si no hubiese sido por la imperiosa necesidad de realizar investigaciones sobre el pasado a fin de defender los derechos territoriales. Igualmente, si dichas investigaciones no se hubiesen realizado, Costa Rica habría sido víctima de manera más grave de las ambiciones territoriales de los países vecinos y en especial de Colombia.¹⁹ Quizás la razón de tal actitud provenía de la no necesidad o la incomprensión de la necesidad de contar con un acervo documental con el fin de disponer de argumentos de carácter histórico para defender la soberanía de todo el territorio heredado del período colonial. Se trataba de encontrar en los documentos información precisa de los límites de la Gobernación de Costa Rica al interior de la jurisdicción administrativa de la Audiencia de Guatemala.

Como resultado de las investigaciones, especialmente en archivos españoles por parte de Fernández y Peralta, se establecieron las bases para conocer la historia de Costa Rica a partir del siglo dieciseis así como para numerosos asuntos relativos a los años de la Independencia, de ahí que, como transcribe Juan Rafael Quesada en un fragmento de una conferencia dada por Ricardo Fernández Guardia en el año de 1942, fue debido a las cuestiones fronterizas que se pudo conocer, sobre el descubrimiento, la conquista y el régimen colonial de Costa Rica.²⁰

Ningún historiador que pretenda investigar la historia del período colonial o de los años finales de la época prehispánica puede prescindir del estudio de la documentación compilada por León Fernández Bonilla y Manuel María de Peralta. En este sentido, fue un hecho trascendente la publicación de las compilaciones documentales realizadas por ambos. Esta trascendencia permanece, porque el cúmulo de información que se encuentra en esas miles de páginas, así como los documentos coloniales depositados en el Archivo Nacional, han servido de base para investigaciones sobre los períodos a los que hacía alusión Ricardo Fernández Guardia en su conferencia de 1942, es decir el siglo dieciseis y la época de la Independencia. Por otro lado, las esperanzas de Fernández Bonilla de motivar a los jóvenes para que se interesaran por la historia, se materializaron casi un siglo más tarde, cuando, luego de fundada la Escuela de Historia y Geografía y la Facultad de Ciencias Sociales en la Universidad de Costa Rica, y más tarde la Escuela de Historia de la Universidad Nacional, se formó una generación de historiadores profesionales en Costa Rica. Los Archivos Nacionales constituyen aún la principal fuente de información documental para la historia del país, y a quienes estudian el período colonial les es imprescindible la documentación compilada por los historiadores Fernández y Peralta.

Los inicios de la Arqueología

El poco desarrollo de la disciplina de la historia, causada principalmente por lo culturalmente atrasada que estaba la provincia de Costa Rica en los años de la colonia, fue consecuencia también de lo alejada que se encontraba del centro político de Guatemala, capital del "Reyno de Guatemala". Los pocos intelectuales y artistas pertenecían al clero o bien a los talleres financiados por la Iglesia, dedicados al arte religioso y al estudio de los textos tomistas y a unos pocos clásicos.²¹

En el contexto anterior, como lo señalan Luis Diego Gómez y Héctor Gamboa, las culturas prehispánicas eran vistas “como recuerdos del paganismo que había sido erradicado por la Biblia y la espada”.²² Por otro lado, para los criollos de la post-independencia, los territorios fronterizos de Talamanca y Guatuso fueron concebidos como territorios que había que explorar y explotar. Acabar con la soledad de la selva y “civilizar” a los indios, tal fue el lema del pensamiento liberal decimonónico.

Al menos durante la mayor parte de la primera mitad del siglo diecinueve el interés por “las antigüedades” se limitó a unos pocos sacerdotes centroamericanos, quienes coleccionaban objetos indígenas. Aún así esta actitud podía ser una excepción pues la generalidad era que el clero más bien destruía las antigüedades indígenas por considerar que representaban “supercherías demoníacas” opuestas al dogma cristiano. Por otro lado, el saqueo de tumbas indígenas con el fin de obtener objetos de oro fue una actividad que se mantuvo desde los inicios de la sociedad colonial.

La situación anterior solo empezó a cambiar después de 1850, en una fecha muy similar al surgimiento de un primer interés por el pasado colonial. El disparador de tal situación fue la temprana y acelerada vinculación de Costa Rica con las ciudades europeas, especialmente los puertos de Inglaterra, hacia donde se exportó crecientemente el café. La economía nacional entró en una fase de expansión y a cambio se empezaron a traer bienes de origen europeo. Con el desarrollo de este comercio también comenzaron a llegar europeos interesados en el negocio de importación y exportación, y con deseos de conocer el país y darlo a conocer a sus compatriotas. Simultáneamente, vinieron estudiosos europeos interesados en conocer y describir, en narraciones de viajes, las características del país, de su gente, y de las peripecias vividas en el país. Se ha mencionado el hecho de que diversos europeos ideológicamente liberales decidieron alejarse de las capitales europeas donde había triunfado la contrarrevolución antidemocrática. El continente americano, ahora abierto a los no españoles, atrajo la atención de numerosos viajeros que vinieron a fin de ver por ellos mismos “los vastos panoramas y las románticamente atractivas maneras de ser de las gentes del nuevo mundo.”²³ Todos estos personajes tenían una nueva perspectiva de los territorios americanos, al tiempo que se desarrollaba un interés creciente por las culturas antiguas de todo el mundo.

La nueva manera de visualizar el continente americano fue primeramente esbozada por el sabio alemán Alexander von Humboldt. Se afirma que fue este investigador alemán quien redefinió a la América española después de la Independencia. Fue el pionero en “reinventar” el continente americano para las nuevas elites burguesas europeas del siglo diecinueve, para las que era necesario tener una nueva imagen de América que le permitiera adecuarla a las “vastas posibilidades expansionistas del capital europeo, su tecnología, bienes y sistemas de pensamiento”.²⁴ Por ello, durante el siglo diecinueve ocurrió una “transformación espectacular” en la mentalidad de las elites no solo europeas sino igualmente de las elites latinoamericanas, que comenzaron a adoptar para sí la visión que la *intelligentsia* europea tenía del paisaje y de los habitantes originales de América.

De acuerdo con las ideas de Humboldt y sus seguidores, los vastos espacios territoriales americanos eran concebidos como “naturaleza primigenia, espacios no reclamados ocupados por plantas y criaturas (algunas de ellas humanas) pero no organizadas en sociedades y economías, un mundo cuya única historia era aquella que estaba por comenzar”.²⁵ En ese sentido al concebir a las poblaciones que habitaban dichos territorios como pueblos sin historia se les consideraba por tanto sin derechos. La “civilización” tenía “el deber” de hacer productivos para el “progreso de la nación” tales

territorios, así como el de obligar igualmente a sus pobladores a “salir de la indolencia” e igualmente trabajar para el progreso del país. En el caso de Costa Rica, fue de fundamental importancia el trabajo realizado por los austriacos Karl Scherzer y Moritz Wagner, quienes dieron a conocer la investigación que llevaron a cabo en Costa Rica en su voluminoso libro *Die Republik Costa Rica*, publicado en 1853.²⁶ Pero, ¿cómo fueron concebidos los objetos prehispánicos encontrados? Resultaron valiosos en el momento en que adquirieron valor mercantil. Desde esta perspectiva, no debemos olvidar que desde el siglo dieciseis, los objetos de oro estuvieron en la mira de los europeos debido a su alto valor como mercancía. Pero en general dichos objetos eran fundidos para hacer prácticas barras o monedas. Más tardíamente se hizo costumbre el coleccionar “aguillillas de oro” como fueron llamadas las representaciones de aves en los objetos de la orfebrería del oro provenientes de la Costa Rica antigua o prehispánica.

Quienes se interesaron en coleccionar especímenes de plantas y en matar y disecar animales para crear colecciones de la fauna, también incluyeron objetos de procedencia prehispánica dentro de lo que se llamó “antigüedades”, cuya colección adquirió tanta relevancia como la recolección de especímenes de la flora y de la fauna. De igual manera, la naturaleza era concebida como algo muerto, y ello se ejemplificaba en las colecciones de animales disecados. Así se inició la arqueología, como recolección de objetos prehispánicos en los que los restos de dichas culturas eran asimilados a la naturaleza, de manera que garantizaran un estatuto inferior para los indígenas americanos. A la historia indígena y su cultura interesaba rescatarla como “arqueología”, es decir como *muerta* y, entre más salvaje la naturaleza igualmente era considerada más salvaje la cultura de los pueblos que la habitaban.²⁷

En el siglo diecinueve se popularizó entre las elites costarricenses el coleccionar antigüedades prehispánicas, lo que desató un furor por desenterrar tumbas indígenas a fin de rescatar esos objetos, que se convirtieron en cotizados artículos tanto en el país como en el extranjero. El consumo conspicuo de los objetos prehispánicos se convirtió en una manifestación de riqueza. Por otro lado, una colección con numerosos objetos podía ser vendida como un “lote cotizado” a museos o coleccionistas extranjeros.

A finales del siglo diecinueve se daba una aparente contradicción según la cual, en tanto que los indígenas de las áreas fronterizas de Talamanca y Guatuso eran concebidos como habitadas por “pobres salvajes”, los objetos prehispánicos extraídos de las tumbas indígenas eran adquiridos, coleccionados y admirados por las elites, pero fuera del contexto cultural del que procedían.

Los objetos prehispánicos pasaron a engrosar las colecciones tanto privadas como estatales. Conviene recordar que los museos nacionales se originaron en la Europa ilustrada de la segunda mitad del siglo dieciocho, cuando los “monarcas ilustrados” compitieron entre sí por atesorar en museos las “antigüedades” de los territorios que iban siendo saqueados y dominados. Inclusive, los orígenes de la arqueología americana remontan al reinado del más ilustre monarca de los Borbones en España, Carlos III (1759-1788), quien ordenó la exploración y el envío de “antigüedades” de Centroamérica (expedición de Antonio del Río a Palenque en Chiapas, 1789) y del Perú (expediciones de Baltazar Jaime Martínez de Compañón, 1778), objetos que fueron llevados a formar parte del Gabinete de Historia Natural y Antigüedades, organizado por ese monarca.

En suma, la colección de “antigüedades” comenzó desde fines del siglo dieciocho y se incrementó a lo largo del siglo diecinueve. Muchos autores consideran que este interés por las “antigüedades” y por la exploración de ruinas de edificios de

la Edad Antigua fue principalmente un saqueo destructor del inmenso legado material que había logrado mantenerse hasta el siglo dieciocho. El interés de las primeras excavaciones en Italia y cercano Oriente, fue dotar a las potencias europeas de ricas colecciones para sus museos nacionales, uno de los principales símbolos en la glorificación y construcción del estado-nación europeo.

En Costa Rica, conforme la expansión de la población en el Valle Central, empujaba a la colonización de territorios que con anterioridad solo habían sido ocupados por las poblaciones indígenas, se descubrieran miles de tumbas indígenas, las cuales fueron saqueadas sistemáticamente por cuadrillas de huaqueros. Es interesante la mención de extensos cementerios indígenas en las regiones del Valle del General y de Buenos Aires de Osa, los cuales fueron sistemáticamente desenterrados para obtener los objetos de jade, oro, cerámica, piedra, etc. Luego, estos miles de objetos iban a manos de coleccionistas privados, tanto extranjeros que residían en nuestro país como miembros de las elites locales. Investigadores científicos, terratenientes, políticos y extranjeros se sintieron atraídos por los objetos de jade, piedra, cerámica, etc. Entre los extranjeros sobresalieron los diplomáticos que procedieron a coleccionar las “antigüedades”. Uno de los coleccionistas fue el cónsul alemán Johan Friedrich Lahmann, quien amasó muchos centenares de antigüedades costarricenses durante sus muchos años de vivir en el país.²⁸ Si bien Lahmann permaneció en el país, vendió una parte significativa de su colección a la ciudad de Bremen, para su museo. Más tarde, dicha colección atrajo la atención del conocido mineralogista de Freiburg, Heinrich Fischer, temprana autoridad en nefrita y jadeíta quien publicó en 1875 un compendio de la información de los 63 objetos de jade de la colección Lahmann, bajo el título *Nephrit und Jadeit*.²⁹

Fischer analizó los 63 objetos a fin de determinar su gravedad específica, lo que permitió medir la densidad de los minerales. No obstante, a pesar de su dominio en la materia, fue incapaz de determinar, para su propia insatisfacción, el tipo de material empleado en la fabricación de los pendientes de jade costarricenses, si bien señaló que había un considerable número de ellos que eran de jadeíta. Como no había ninguna fuente conocida en el continente americano de nefrita o jadeíta en los años en que Fischer escribió su *Nephrit und Jadeit*, éste consideró que el material era de origen asiático. Pocos años después, un oficial de la marina norteamericana, J. F. Bradsford coleccionó antigüedades costarricenses para el Smithsonian Institute, incluyendo 16 objetos de “piedra verde”, de los cuales un número de ellos se consideró que fueron fabricados de jadeíta. Algunos autores basados en el estudio de documentos históricos mostraron que los aztecas, por ejemplo, dispusieron con abundancia de ciertos tipos de nefritas y jadeítas. La investigación realizada por los geólogos demostró la validez de este argumento.³⁰ Es decir, los aztecas dispusieron de fuentes de materias primas locales o regionales donde pudieron obtener en forma abundante las llamadas “piedras verdes”.

En Costa Rica, aparentemente los indígenas tuvieron acceso a piedras verdes en considerable número, así como de gran calidad. Había un extensivo uso de ornamentos de piedra verde de muy diverso tipo. Ya en el siglo diecinueve, esta amplia variedad de objetos fue denominada en forma genérica con el nombre de *jade*, tanto en México como en Costa Rica. Igualmente, los estudios mineralógicos han demostrado que la más alta calidad del jade en América es la jadeíta. En realidad la nefrita es principalmente una piedra asiática.

En la década de 1880 las “antigüedades” coleccionadas por los propietarios de tierra, habitantes de las nacientes poblaciones, eran ya numerosas. En el año de 1886 se llevó a cabo la *Exposición Nacional*, en la ciudad de San José, en la que se incluyeron

las antigüedades al lado de colecciones obtenidas de la naturaleza: zoológicas, botánicas y mineralógicas. En su mayor parte las colecciones arqueológicas provenían de dos colecciones privadas de José Ramón Troyo, cuyos objetos procedían de la región central del país, de Aguacaliente y Turrialba, y la de Juan José Matarrita, cuya colección procedía de la península de Nicoya y de la isla de Chira.³¹

Los objetos procedentes de estas colecciones fueron enviadas a la *Exposición Histórico-Americana* en Madrid, en los años de 1892 y 1893. Esta exposición fue de gran trascendencia en la historia de la arqueología americana pues los diversos países de América Latina enviaron colecciones de objetos que realmente resaltaban los trabajos de los indígenas de sus respectivas regiones. La magnitud de lo presentado indicaba la importancia que los nacientes estado-nación en América Latina habían acordado a las “antigüedades” como una forma de reafirmar su identidad. Por otro lado, desde una perspectiva académica, la exhibición de tales colecciones despertó el interés para la investigación del pasado prehispánico.

Con el fin de aumentar el número de objetos que se iba a enviar a España, el estado costarricense organizó varias excavaciones en Guayabo de Turrialba. Los restos de esta importante población antigua, que fue ocupada en forma permanente durante siglos, se convirtieron en una “cantera de antigüedades”. Así se cavaron y vaciaron decenas de tumbas en busca de objetos. Las excavaciones fueron realizadas bajo la dirección de Anastasio Alfaro, quien más tarde fue el primer director del Museo Nacional de Costa Rica, y coautor del Catálogo de Costa Rica para la exposición en Madrid. De entre los centenares de objetos enviados a dicha exposición se encontraban numerosos colgantes.

Anastasio Alfaro no era arqueólogo de profesión, pero al excavar se preocupaba por tomar nota y publicar los resultados de sus datos. Además, planteó la necesidad de aplicar un método de investigación que incluyera el análisis, la descripción, recolección, clasificación y conservación de los objetos antiguos con la finalidad de realizar comparaciones que permitieran ayudar, como afirmaba, a la “reconstrucción de esa materia tan intrincada que conocemos como nuestra historia precolombina”.³²

El Museo Nacional de Costa Rica fue establecido en San José en 1887. Fue la donación de la colección arqueológica de la familia Troyo lo que permitió al Museo incluir una vasta colección de artefactos indígenas en la sección llamada “exhibición de maravillas naturales y antigüedades”. La colección Troyo era muy grande y el grueso de los objetos provenía de sus propiedades familiares en la provincia de Cartago. Sin embargo, algunos de los objetos habían sido comprados y provenían de otras regiones de Costa Rica, entre los que destacaban las piedras verdes procedentes de Guanacaste. Poco después, el patrimonio de objetos del museo aumentó con la compra de la colección Matarrita, la que como mencionamos estaba compuesta por objetos de Guanacaste. Precisamente de la península de Nicoya y del adyacente territorio de Guanacaste provenía el mayor número de objetos indígenas genéricamente denominados como piedras verdes.

Conviene mencionar que dicha exhibición se encontraba en un sitio, conocido como la “hacienda Laberinto”, que también incluía las dependencias encargadas de la exploración geográfica, de las observaciones meteorológicas, el instituto sismológico, el herbario nacional, así como un jardín experimental, un zoológico y el observatorio nacional. La exhibición de “antigüedades” del país en un museo nacional da cuenta del proceso de necesidad de construir el estado-nación costarricense en las décadas finales del siglo diecinueve. El Museo Nacional no hacía otra cosa que emular los símbolos de la burguesía europea en su propia tarea de reforzar su estado-nación.

En estos mismos años, con la construcción del primer ferrocarril hacia la costa atlántica, el trazado de la vía férrea se realizó por en medio del sitio Las Mercedes, un importante centro arqueológico que fue despojado de sus valiosos objetos por las cuadrillas de huaqueros contratados por Minor C. Keith, quien tenía a su cargo la construcción del ferrocarril. En el saqueo de dicho sitio también participaron otras personas. De esta forma se obtuvo una gran colección de esculturas de piedra y otros artefactos.³³ La mayor parte de dichos objetos salió del país y hoy día se encuentran en museos y colecciones privadas de los Estados Unidos.

Las “antigüedades” se convirtieron, dentro de la concepción decimonónica dominante del paisaje, en objetos exóticos para ser admirados en impresionantes colecciones. Sin embargo, al desdeñarse el estudio de los lugares de donde eran obtenidos se perdía la posibilidad de entender la función o el significado de los objetos. En ese sentido el debate sigue abierto hasta nuestros días. Algunos grandes museos continúan con la mentalidad del coleccionista de objetos de arte. Interesa el objeto en sí, se le admira por sus calidades estéticas e igualmente ello sirve para su alta cotización en el mercado de “antigüedades”. Sin embargo, para el arqueólogo lo que interesa es explicar la sociedad en la que dichos objetos fueron elaborados, y tratar de interpretar el significado que dichos objetos tuvieron para sus contemporáneos. Para interpretar correctamente es necesario conocer el contexto del sitio de donde fueron recobrados: Cómo, dónde y con qué fue encontrado. Los materiales que permiten a los investigadores la reconstrucción de la vida de las sociedades que produjeron dichos objetos y los procesos que modelaron su desarrollo, son por lo general las cosas modestas tales como restos de piedra, cerámica, hueso, carbón, restos de alimentos, o aún objetos invisibles al ojo desnudo, tal como los granos de polen. Los saqueadores de tumbas o huaqueros, cuyo fin es obtener objetos para su venta a coleccionistas, destruyen o alteran todas estas cosas y hacen que la interpretación potencial de los objetos sea nula. Si los restos de las culturas pasadas no son recuperados y analizados de forma controlada y científica, la puerta queda abierta para interpretaciones ingenuas o sensacionalistas que propagan falsedades y estimulan a su vez la continuación de los saqueos.³⁴

Hasta la actualidad continúa el saqueo de entierros indígenas, práctica que iniciaron los conquistadores españoles, se mantuvo durante la época colonial y aumentó extraordinariamente en el siglo diecinueve. La construcción del ferrocarril dio lugar al encuentro de varios sitios arqueológicos que fueron sistemáticamente saqueados. De especial importancia en cuanto al número de objetos obtenidos fue el sitio llamado Las Mercedes. Como afirma Michael Snarkis, numerosas cuadrillas de “huaqueros” fueron empleados por Minor Keith, quien construyó el ferrocarril, lo que dio lugar a que pronto se formaran diversas colecciones de objetos de piedra y otros artefactos. Keith formó una de las más grandes colecciones con alrededor de veinte mil objetos, los cuales se encuentran actualmente en los museos Metropolitano de New York y el Museo de Brooklin.

En Costa Rica fue la Colección de Matarrita la que tuvo el impacto de atraer la atención de viajeros y de un joven arqueólogo sueco, Carl V. Hartmann. Uno de los sitios que más atrajo la atención fue un cementerio indígena rico en objetos de jade o jadeítas, llamado originalmente Las Guacas y luego Las Huacas. Este sitio se ubica en un paso montañoso hacia la mitad de la península de Nicoya, que era llamado en el siglo diecinueve La Quebrada de las Guacasin. Este era un extenso sitio arqueológico de entierros indígenas, con gran cantidad de objetos descubiertos y saqueados en la

década de 1870. Un cura local, al ver las posibilidades de amasar una fortuna con los objetos allí encontrados, se asoció con el propietario de la tierra donde se encontró el cementerio indígena. Dicho sacerdote ofreció para la venta cantidades de objetos agrupados en "lotes". La venta fue un éxito y aumentó el interés por el sitio Las Huacas.

En 1896 Carl V. Hartmann obtuvo una beca y una ayuda financiera, con lo que pudo realizar un viaje de investigación a la América Central. Así visitó Costa Rica, El Salvador y Guatemala durante un período de tres años. Cuando Hartmann llegó a Costa Rica, el proceso de destrucción era grande en diversos sitios. Luego de esperar algunos meses tuvo la oportunidad de excavar en sitios no explotados aún y de aplicar los conocimientos aprendidos de su profesor el Dr. Hjalmar Stolpe, quien había desarrollado métodos y técnicas de investigación muy avanzados para excavar tumbas.

Hartmann excavó cuidadosamente algunas de las tumbas indígenas localizadas en Las Huacas.³⁵ También llevó a cabo excavaciones en el sitio Las Mercedes en las tierras bajas del Atlántico, así como en otra serie de sitios en el Valle de Cartago. Sus detalladas descripciones de las excavaciones y de los objetos recuperados fueron publicadas en 1901 y 1907. Lo principal para Hartmann era trabajar en contextos primarios no alterados y aplicar la técnica de llevar un control minucioso de todo lo que se encontrara. Realizaba mediciones de las tumbas, indicaba qué objetos se hallaban en ellas, cómo estaban colocados dentro de las tumbas, etc. De esta forma Hartmann tenía un verdadero control del contexto arqueológico. Además, dibujaba gran cantidad de planos de los cementerios que excavaba. Como sus excavaciones fueron cuidadosamente transcritas en forma comprensible, se dispuso por primera vez de evidencia suficiente para establecer una secuencia de las culturas arqueológicas en Costa Rica. Hartmann se concentró en excavar cementerios indígenas, y la forma en que consignó los datos recogidos durante la excavación, relativos a construcciones funerarias y sus asociaciones, tuvo gran valor para el desarrollo de futuras investigaciones. El método de Hartmann se conoce como "técnicas de trabajo horizontal", que permite el control detallado de la procedencia de los materiales en relación con otros. También realizó los llamados "pozos de prueba" y de más importancia, buscó los lazos de la arqueología de Costa Rica con otras áreas de América, y señaló la posibilidad de división de culturas en el tiempo, es decir, la existencia de una estratificación cultural. Hoy día se critica su método por considerárselo demasiado empírico y sus objetivos desfasados, en la medida que no tomaba en cuenta restos hoy día apreciados por los arqueólogos, tales como los lugares de desechos.

Por otro lado, Hartmann tenía como una de sus principales tareas, el adquirir objetos indígenas de Costa Rica para el Museo Real de Historia Natural de Suecia. En su primera estadía en el país entre 1896 y 1897, envió más de 3600 piezas indígenas a Suecia, acompañadas de detalladas descripciones.

A pesar de lo anterior se le debe considerar como el primero que en Costa Rica aplicó métodos y conocimientos de la arqueología que como disciplina comenzaba su desarrollo en su Suecia natal. Hartmann estuvo nuevamente en Costa Rica en el año de 1903, cuando era director del Departamento de Arqueología y Etnografía del Museo Carnegie de Pittsburg en los Estados Unidos. Permaneció siete meses en el país dedicándose a estudiar principalmente la península de Nicoya y a comprar algunas colecciones, con cuya adquisición, el museo que representaba llegó a poseer una de las colecciones más grandes de objetos arqueológicos costarricenses fuera de nuestro país.

Hartmann publicó dos obras en inglés sobre sus principales trabajos en Costa Rica, en 1901 *Archaeological Researches in Costa Rica* que se refiere a los resultados de sus excavaciones de Costa Rica entre 1896 y 1897. En 1907 publicó *Archaeological Researches on the Pacific Coast of Costa Rica*, resultado de su trabajo de 1903 en la Península de Nicoya. Dichos trabajos permitieron a las futuras generaciones de arqueólogos el interpretar, desde diversas ópticas, dicha información. Aún en 1971, se continuaba dependiendo de la secuencia estilística en dos partes de las regiones de las Tierras Altas Centrales y de la Vertiente Atlántica elaboradas por el arqueólogo escandinavo.³⁶

Desde finales del siglo dieciocho, los escandinavos J. J. Worsae y P. F. Suhm desarrollaron el llamado “sistema de tres estadios”, el descubrimiento de que en muchas partes de Europa los pueblos antiguos fabricaron primero herramientas de piedra, luego de bronce y por último de hierro. Sin embargo, el método estratigráfico, desarrollado por los geólogos a fines de la misma centuria, no fue aplicado a la arqueología sino en la década de 1860, si bien se considera que fueron pocos los casos en que dicho método se aplicó a la arqueología en América.

En Costa Rica, los trabajos arqueológicos llevados a cabo por el sueco Carl V. Hartmann marcaron los inicios tanto metodológicos como teóricos de la arqueología costarricense. Es cierto que continuaron las excavaciones llevadas a cabo sin ningún control y sin más propósito que el de la recuperación de objetos para formar colecciones, pero con los trabajos del arqueólogo Hartmann se sentaron las bases para encaminar la arqueología hacia la búsqueda de secuencias arqueológicas y de delimitación de las “áreas culturales” de los indígenas de la Antigüedad de Costa Rica.

A finales del siglo diecinueve se abrían las posibilidades en América para el desarrollo de una arqueología que pretendía establecer como tarea prioritaria la conformación de un acervo arqueológico de material empírico clasificado en tipologías. Fue el germano-americano Franz Boas (1852-1942) quien sentó las premisas teórico metodológicas para encaminar la arqueología por rumbos distintos a los de los coleccionistas de antigüedades. Podría afirmarse que antes de Boas predominaba, en la interpretación de las sociedades antiguas, la idea de que los llamados “pueblos primitivos” no habían evolucionado históricamente, sino que se mantenían en niveles de “barbarismo”, en condición de eterno aletargamiento, y que estos pueblos solo podrían ser llevados al progreso por medio del “empuje civilizador” de los europeos o norteamericanos. Entonces, los objetos arqueológicos se miraban como exotismos propios de estos pueblos “sin historia”, objetos coleccionables por sí mismos y no como representaciones de la cultura de los pueblos de América Antigua. Boas, descontento del contenido altamente racista e imperialista de tales interpretaciones ideologizadas, propuso que debía terminarse con todo tipo de “especulaciones improductivas” y que la tarea fundamental de los arqueólogos debía ser la de concentrarse en la realización de excavaciones controladas por medio de las cuales recolectar información precisa, con el objetivo de analizar las similitudes y las diferencias de los estilos de los objetos a fin de elaborar tipologías estilísticas e igualmente esbozar las líneas generales de una cronología por medio de la aplicación del método estratigráfico, que como señalamos se había aprendido de los geólogos. El planteamiento de Boas recuerda a los historiadores de finales del siglo diecinueve, interesados en la formación de archivos documentales, que sirvieran de base para futuras investigaciones sustentadas en numerosas fuentes primarias, es decir “material empírico”. El arqueólogo Hartmann también siguió los lineamientos de Boas.

Conclusiones

A mediados del siglo diecinueve las dos disciplinas que ayudarían a comprender el pasado se encontraban apenas en sus esbozos iniciales. En relación a la Historia, si bien era una disciplina que se practicaba desde la Antigüedad Grecorromana en el occidente de Europa, no fue sino hasta el movimiento intelectual de la Ilustración que renació el interés en las principales capitales europeas por el pasado y desde muy diversas perspectivas. En cuanto a lo propiamente histórico, hubo de parte de los monarcas el interés por recuperar documentos antiguos. En especial, en el caso de España, el rey Carlos III dio especial importancia a la recolección de papeles antiguos y de su conservación en archivos. Pero igualmente, dicho monarca se interesó por las excavaciones arqueológicas, algunas de las cuales él mismo ordenó de manera personal en el sur de Italia.

Después de las Guerras Napoleónicas renació el interés en Europa por el pasado desde una perspectiva nacional. Internamente, los historiadores se dieron a la tarea de recolectar documentación, pero a la vez escribir historias nacionales, en favor de la consolidación de los estados nación. Esta situación ocurrió en Europa, pero especialmente en América, donde se hizo necesario consolidar los diversos estados que se desprendían del extinto sistema de dominio colonial hispánico. En el caso de Costa Rica, tal preocupación solo surgió en la segunda mitad del siglo diecinueve, cuando el estado se separó de manera definitiva de la Federación Centroamericana. Pero lo más apremiante fue la búsqueda de documentación relativa a los límites territoriales concedidos a la Gobernación de Costa Rica por la Corona española en el siglo dieciseis, ya que era necesario que dichos límites fueran claramente delimitados e igualmente afianzados para evitar las usurpaciones territoriales por parte de Nicaragua, Colombia o el "Reino Mosquitio", protectorado de Inglaterra en Nicaragua.

Aparte de esta intencionalidad, los historiadores de Costa Rica de los años finales del siglo diecinueve también pretendían, con dichas colecciones de documentos, establecer los cimientos para el surgimiento y desarrollo de la investigación histórica. Este "amor por la historia patria", constituía también una tarea necesaria al reforzamiento ideológico en la construcción del estado-nación de Costa Rica. De carácter más importante fue su labor en la fundación de la institución de los Archivos Nacionales de Costa Rica. En dicho sentido no hay que olvidar la obra del Obispo Augusto Thiel, quien se interesó por la historia de Costa Rica y ayudó a la fundación del Archivo de la Curia Eclesiástica.

En el caso del desarrollo de la Arqueología, lo que predominó durante todo el siglo diecinueve fue una visión aún anclada en la Ilustración, pero igualmente imbuída del pensamiento liberal, que atribuía a los europeos el papel de civilizadores de las "bárbaras" poblaciones indígenas. De allí que los objetos antiguos recuperados en los saqueos de los entierros indígenas fueron afirmados en su condición de objetos artísticos pero separados de su contexto histórico-cultural, así como de las poblaciones indígenas que aún habitaban diversas regiones de nuestro país. En este sentido, las colecciones de objetos antiguos agrupadas en el Museo Nacional y las excavaciones llevadas a cabo por Anastasio Alfaro, director del museo, en el actual Monumento Nacional Guayabo y en otros sitios, tuvieron como fin completar las colecciones que Costa Rica iba a presentar en la Exposición Histórica de Madrid de los años de 1892 y 1893. Ello pone en evidencia cual era el principal interés en las excavaciones arqueológicas.

El primero que excavó con un criterio diferente y de acuerdo con las nuevas ideas propugnadas por Franz Boas, fue el sueco Carl V. Hartmann. Pero aún el propio

Hartmann representó el viejo papel de “coleccionista de antigüedades”, primero, al servicio de Suecia, y luego del Museo Carnegie en Pittsburgh, si bien las piezas fueron acompañadas de una detallada explicación escrita por el propio Hartmann.

En síntesis, de las disciplinas de la Historia y de la Arqueología en Costa Rica en el siglo diecinueve, puede afirmarse respecto de la primera, que el principal hito establecido por los historiadores León Fernández Bonilla y Manuel María de Peralta fue el de conformar valiosas colecciones de documentos transcritos y editados en sendos volúmenes en orden cronológico. Se dispuso así de una masa documental considerable para el posterior desarrollo de las investigaciones históricas. De igual o mayor importancia fue la fundación del Archivo Nacional por parte del historiador León Fernández Bonilla, durante su gestión como ministro de Hacienda.

En relación a la Arqueología, podemos afirmar que antes de Hartmann, el principal interés de los excavadores de objetos prehispánicos era el de formar ricas colecciones de objetos, con escaso interés por determinar el contexto cultural en el que fueron enterrados. Tampoco había un gran interés porque las excavaciones se llevaran a cabo de manera sistemática y tomando cuidadosos apuntes en cada avance en la ejecución de la excavación. Hartmann fue quien por vez primera aplicó técnicas arqueológicas desarrolladas a fines del siglo diecinueve en Europa y Estados Unidos, con el fin de obtener mayor información respecto de los sitios excavados. Se estableció así una primera secuencia y una regionalización arqueológica del territorio, que se mantuvo vigente durante la mayor parte del siglo veinte. Pero no podemos afirmar que Hartmann tuviera inmediatos seguidores. Pasarían varias décadas antes de que se llevaran a cabo excavaciones de acuerdo con los procedimientos aplicados por el arqueólogo sueco.

Notas

1. Juan Rafael Quesada Camacho, *L'historiographie costaricienne depuis 1881 jusqu'à 1941*, tesis doctoral inédita, Université de la Sorbonne Nouvelle Paris III, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, 1984.
2. Elizet Payne Iglesias, *La Historia Oficial, Orígenes de la Historia Liberal Centroamericana (1830-1930)*. Serie *Avances de Investigación*, Centro de Investigaciones Históricas, Universidad de Costa Rica, No. 74, 1994.
3. Quesada Camacho, Op. cit., p. 28.
4. *Ibidem*, p. 29.
5. Darío Euraque, *Arqueólogos, imperialismo y la mayanización de Honduras*. Artículo presentado en el IV Congreso Centroamericano de Historia. Managua, Nicaragua, 1981, mimeo.
6. Felipe Molina B., *Bosquejo de la República de Costa Rica seguido de apuntamientos para su Historia*, New York, S. W. Benedict, 1851 citado por Juan Rafael Quesada Camacho, Op. cit., pp. 33 y 139.

7. Quesada Camacho, *Ibidem*, pp. 33 y 139.
8. Quesada Camacho, *Ibidem*, p. 33.
9. Quesada Camacho, *Ibidem*, p. 34.
10. Citado por Quesada Camacho, *Ibidem*, p. 35.
11. *Ibidem*, p. 46.
12. *Ibidem*, p. 46.
13. *Ibidem*, p. 29.
14. Palabras de lord Acton (1834-1902), citado por Josep Fontana, *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Editorial Crítica, 1982, p. 119.
15. León Fernández B. Prólogo al volumen I, de la *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica*, San José, Imprenta Nacional, 1881, pp. I-V.
16. *Ibidem*.
17. *Ibidem*.
18. Juan Rafael Quesada, *Op. cit.*, p. 61.
19. *Ibidem* p. 61-62.
20. *Ibidem*, p. 62, transcrito de *Revista de Archivos Nacionales*, No. 2, septiembre de 1942, p. 3.
21. Luis Diego Gómez Pignataro y Héctor Gamboa Paniagua, "Notes on the History of the Museo Nacional de Costa Rica", en: *Between Continents-Between Seas: Precolumbian Art of Costa Rica*, Texto de varios autores, Harry N. Abrams, Inc., Publishers, New York In association with The Detroit Institute of Arts, 1981, p. 11.
22. *Ibidem*, p. 11.
23. *Ibidem*, p. 12.
24. Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel and Writing and Transculturation*, New York, Routledge, 1995, p. 112.
25. *Ibidem*, p. 127.
26. Karl Scherzer y Moritz Wagner. *La República de Costa Rica en la América Central*, San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1974 (2 tomos).

27. Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel and Writing and Transculturation*, New York, Routledge, 1995, pp. 133-134.
28. Julie Jones, Introduction, en: *Jade in Ancient Costa Rica*, The Metropolitan Museum of Art, New York, 1998, p. 11.
29. Ibidem, p. 11.
30. Ibidem, p. 12.
31. Ibidem, p. 12.
32. Citado por Oscar Fonseca Z., "Reflexiones sobre la investigación arqueológica en Costa Rica: una perspectiva histórica", en: *Inter-Regional Ties in Costa Rican Prehistory* Papers presented at a symposium at Carnegie Museum of Natural History, Pittsburgh, april 27, 1983, p. 19.
33. Michael J. Snarkis, "The Archaeology of Costa Rica", en: *Between Continents-Between Seas: Precolumbian Art of Costa Rica*, Op. cit., p. 19
34. Ibidem, p. 19.
35. Julie Jones, Op. cit., p. 15.
36. Michael Snarkis, Op. cit., p. 19.